

SUSANA
RUIZ

PRESIDENTA DE LA
ASOCIACION DE
RESIDENCIAS DE
MAYORES LARES

«Se nos ha pedido más de lo que podíamos hacer; en las residencias nos dedicamos a cuidar, no a curar»

CUSTAVO BASURTO / LOGROÑO

En primera línea de fuego en la lucha contra la Covid, por aquello de que las personas mayores son las más vulnerables al ataque del virus, Susana Ruiz relata cómo se sobrevive en las residencias el zarpazo de la pandemia y comenta qué enseñanzas hay que extraer de lo sucedido.

La Covid golpea con fuerza a las residencias. Con la perspectiva de 9 meses de pandemia, ¿ha fallado algo?
En los centros de mayores no ha fallado nada. No hay que olvidar que las residencias somos hogares, no hospitales, que estaban concebidas para que nadie pudiera entrar en nuestros centros si tenía una enfermedad infectocontagiosa. Por tanto, nadie estaba preparado dentro de los centros para tratar una enfermedad infecciosa. Lo que ha fallado es que no había preparación, que nunca antes nos hemos tenido que enfrentar a un virus tan agresivo, no teníamos material de protección... La primera ola nos pilló a todos desprevenidos sin saber cómo tratar ni cómo se comportaba el virus. Y probablemente las instalaciones de muchas de las residencias no estaban preparadas para aislar. Sabíamos que si entraba en los centros sería imparitable. Creo que cuando se quiso reaccionar ya era un poco tarde.

Desde fuera da la impresión de que cuando el virus entra en una residencia, la situación se vuelve dramática. ¿Como se ve desde dentro?
Ahora estamos mejor preparados en cuanto a material y formación. Detectamos antes a personas con síntomas, pero el problema está en las asintomáticas. No hay que olvidar que los centros residenciales son centros sociales: aquí la gente socializa, viven juntos, no están metidos en sus habitaciones. Si una persona asintomática no es detectada en el momento, interactúa con otras. Es cierto que ahora sabemos más, que estamos mejor preparados, pero eso no quiere decir que mañana no vaya a entrar el virus. Para eso habría que volver al aislamiento y ni aún así, porque muchas residencias tienen habitaciones dobles. Aun que intenten guardar la distancia social y llevar mascarilla, tratamos con personas con demencias que no aguantan una mascarilla. Nuestros trabajadores tienen contacto piel con piel con los mayores.

¿Se han sentido señalados como focos de expansión de la Covid?
Se está criminalizando a nuestros trabajadores, como si su único co-

metido fuera salir del centro, ir a casa y precipitarse para volver al día siguiente. Se olvida que son mamás, porque este sector es ampliamente femenino, tienen niños que van al colegio, donde también puede haber contagios. Obviamente el virus no se va a gestar dentro, pero tenemos la sensación de que la gente piensa que no tenemos otra vida y que no estamos expuestos a traer el virus sin querer. Hay desconocimiento de cómo es la vida en una residencia. Se nos ha pedido más de lo que podíamos hacer; nosotros nos dedicamos a cuidar, no a curar, porque para eso está el sistema sanitario. Las residencias son centros sociales. Aquí la gente comparte espacios, por lo que una vez que entra el virus, es prácticamente imparitable.

En Lares La Rioja dieron la voz de alarma en abril sobre la carencia de material y personal. ¿Aún falta?
No, ya estamos preparados. Se juntó que la Administración tenía en ese primer momento carencia de medios para facilitarlos a los centros, aunque quizá acusamos un poco que se cerrasen antes los colegios que las residencias; al sector de las personas mayores como no muere la economía, siempre se le deja en un segundo plano. En nuestra fachada hay un cartel que dice 'No nos hagan invisibles'. Y nos hemos sentido así, invisibles. Entendemos que para la Administración fueron momentos complicados, porque tuvo que hacer compras masivas de material fuera, pero nos pedían que nos surtiesemos y nuestros proveedores tenían incuñada la mercancía. Ni se nos facilitaba material ni podíamos comprarlo, empezamos a ver contagios y no podíamos proteger ni a nuestros trabajadores. Al principio sentimos esa impotencia de querer hacer las cosas de la mejor manera posible sin poder contar con medios.

¿Paltó agilidad en la Administración en ese primer momento?
Paltó conocimiento y agilidad también. Ahí echamos en falta un poco más de apoyo y coordinación. Luego esa coordinación ha sido buena y en La Rioja no hemos padecido, como en otros lugares, falta de ingreso de personas mayores en el hospital o asistencia sanitaria; aquí ha funcionado perfectamente. Pero es cierto que llegó un poco tarde. Se empezaban a ver casos a primeros de marzo y empezamos a recibir el primer material en abril.

¿Esa demora agravó la expansión del virus?
Creo que sí influyó, porque no había material como para proteger a los trabajadores y en el momento en

que hay un trabajador contagiado y entra en contacto con un residente es difícil cortar la cadena de contagios. Todos queríamos cortarla pero no teníamos la manera de hacerlo.

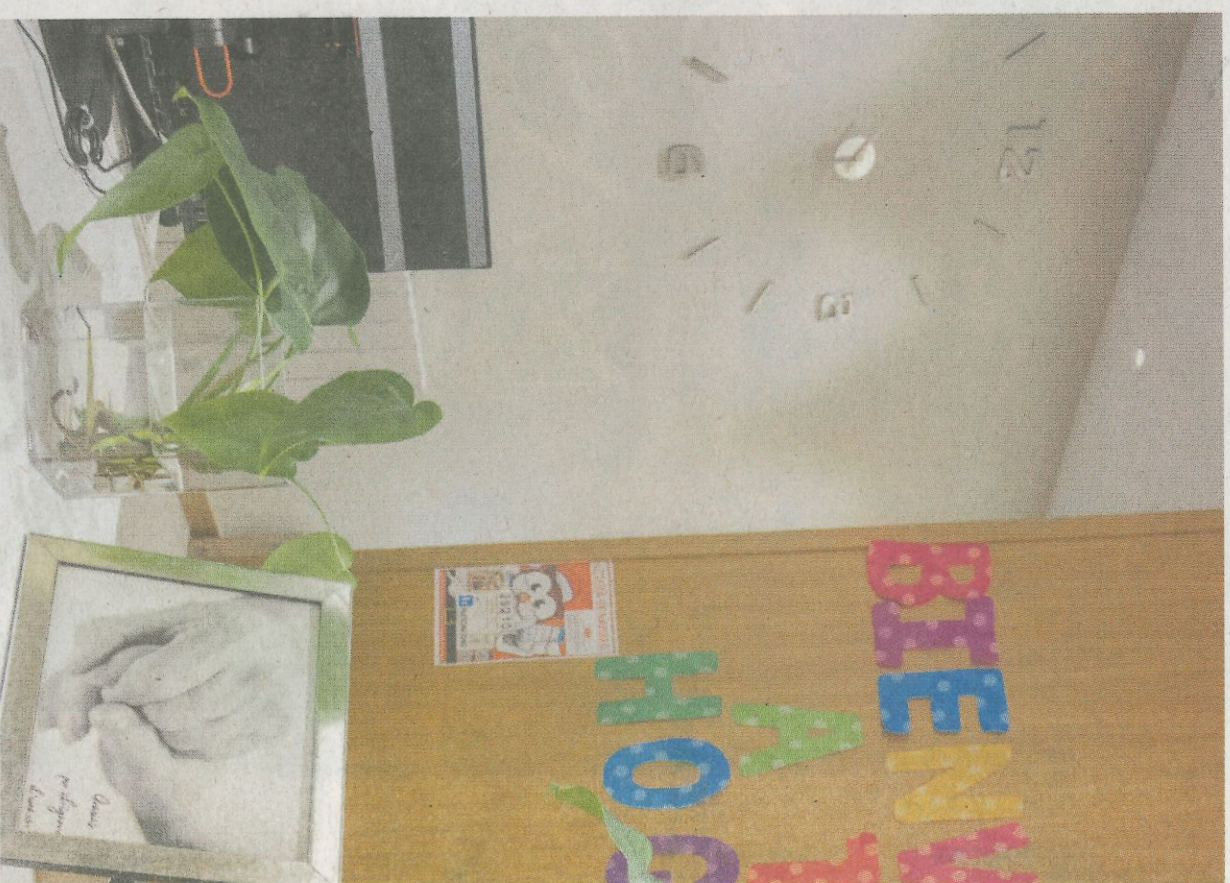
¿Por qué unas residencias están afectadas y otras no?
Hay que desecher la idea de que si una residencia tiene muchos positivos algo está haciendo mal y la que no tiene lo está haciendo bien. No es lo mismo la situación, por ejemplo en pueblos pequeños Rioja Alta, donde no ha habido apenas incidencia, que en Logroño o Rioja Baja. Si en Logroño hay muchos casos fuera, la probabilidad de que entre dentro es mayor. El factor suerte ha intervenido también.

¿La gestión es más eficaz en las públicas o en las privadas?
El virus no entiende de gestión. Los protocolos han sido prácticamente los mismos. Ha habido dificultad en cuanto a infraestructuras, porque hay residencias que puede hacer la sectorización y el aislamiento de manera más cómoda y otras más pequeñas en las que es casi imposible.

¿Hay personal suficiente para afrontar la segunda ola?
Ahora mismo el personal es suficiente porque tenemos un montón de plazas que no han sido cubiertas y el personal es el mismo. No hemos hecho expedientes de regulación de empleo, ni se ha despedido. Pero sí hay que revisar las ratios de personal de cara al futuro, porque mañana pueda llegar otra pandemia. Llegamos muchos años con la misma cifra de ratios de personal, de 0,47 por cada residente, y debería revisarse. La gente cada vez viene peor, llegan muy dependientes, porque cada vez aguantan más en sus casas.

¿Qué tipo de profesionales se necesitan sobre todo?
Tenemos dificultades para encontrar ciertos perfiles. Se nos pide que tengamos enfermeras y médicos, y a muchos centros la ratio que le marcan es de media jornada de un médico y es muy difícil encontrarlo. La falta de enfermeros la padecemos nosotros y el sistema sanitario, pero se nos exige más a nosotros y además sufrimos el robo de personal por parte del sector público, con retribuciones con las que no podemos competir. Las residencias lo estamos haciendo francamente bien, por encima de nuestras posibilidades y funciones, porque hemos asumido temas sanitarios. Ahora echamos en falta esa colaboración.

El personal, sobre todo las cuidadoras, se quejan de que los sueldos



son bajos para un trabajo tan duro. En Lares luchamos por la dignificación de la profesión. Nadie tiene que jugarse la vida por menos de mil euros y eso lo que ha pasado en esta pandemia. Es un trabajo muy mal pagado para la responsabilidad que tiene y hay gente a la que no le compensa. Les exigimos que se cuiden más, que no salgan a reuniones sociales, y no estamos pagando ese esfuerzo.

¿Qué ánimo hay en las plantillas?
A pesar de estos nueve meses, no están muy decaídos. Estamos cansados, porque no ha habido tiempo de desconectar. Ha habido trabajadores que han renunciado a vacaciones, a periodos de descanso, ha habido muchas bajas por la enfermedad. Además vemos que los mayores están perdiendo masa muscular, se acelera el deterioro cognitivo, están desanimados por no ver a sus familias, porque estamos cerrados desde

el 24 de agosto. Todo eso va minando, pero los trabajadores están dando el docientos por cien.

¿Hay suficiente apoyo oficial?
Lo sanitario se ha llevado por delante a lo social. Hemos echado de menos tener un pilar fuerte como interlocutor con Servicios Sociales. Es cierto que se han portado de manera extraordinaria y nos han facilitado personal cuando ha hecho falta, y ha habido buena coordinación. Pero en muchos momentos sentimos que nos falta ese gran pilar de hacernos fuertes como servicios sociales que somos, sin que nos arrolle lo que nos pasa. También ha habido cambios en un momento que no era el idóneo, pero los técnicos son los mismos y aquí nos conocemos todos. Hay buena comunicación.

El Gobierno de La Rioja ha dejado caer su intención de repensar el

ENTREVISTA Preside la Asociación de Centros Residenciales del Sector Solidario Lares en La Rioja, que agrupa a 12 residencias gestionadas por fundaciones sin ánimo de lucro, algunas de ellas de carácter religioso, que atienden a 866 personas mayores con 450 trabajadores y 90 voluntarios. Susana Ruiz dirige además la residencia Santa Justa de Logroño.

«Al principio, la Administración actuó tarde. Se veían casos a primeros de marzo y el material llegó en abril»

«Hay que dignificar las condiciones de los trabajadores. Nadie debe jugarse la vida por menos de mil euros»

«No sabemos cómo será la residencia del futuro, pero hay que preguntarle a los mayores cómo quieren vivir»



La presidenta de Lares La Rioja, Susana Ruiz, en la recepción de la residencia Santa Justa, de la que es directora. / CLARA LARRERA

Modelo futuro de residencias. ¿Comparten esa idea?
Desde Lares pedimos es que se pre-
gunte a las personas mayores dónde
quieren vivir. Muchas veces nos olivi-

damos de ellos y tienen derecho a
opinar sobre su propia vida. El 99%
no quiere vivir en un hospital, sino
en un hogar. Todavía no sabemos
cuál debería ser el modelo perfecto

de residencia ante una pandemia.
Hasta que no separamos de verdad có-
mo actúa este virus, cuáles son las
necesidades y qué ha fallado no po-
demos pensar en un nuevo modelo.

¿Qué enseñanza dejará la Covid?
Que somos frágiles. Tenemos que
pensar que trabajamos con un co-
lectivo hipervulnerable y que la so-
ciedad debe concienciarse más. Te-
nemos una memoria ligera. Llegó la
deseescalada y todo el mundo está-
bamos deseando ir a una terraza a
tomar una cerveza. Debemos pen-
sar que las personas mayores están
ahí, no son invisibles, tienen mucho
que aportar y se están portando de
una manera extraordinaria, aguan-
tando el mayor confinamiento del
mundo con una enorme dignidad y
necesitan a su familia. Estas perso-
nas contribuyeron a que tengamos
el estado del bienestar que tenemos
y no merecen que se les olvide.

**¿De qué manera afecta a los mayo-
res la falta de visitas familiares?**
Se traduce en ánimos muy bajos, en
avance del deterioro cognitivo, en
pérdida de masa muscular. El con-
tacto familiar es todo. En las residen-
cias damos un cuidado profesional,
pero como en casa no se está en nin-
gún sitio. La residencia tiene que ser
el último recurso. Nos da miedo que
muchos quizás no mueran de Co-
vid, pero sí de soledad y de pena. Es-
lo que intentamos evitar. Hay que
encontrar la fórmula de compaginar
la salud emocional y la física. Esta
pandemia ha sido muy crue!, mu-
chos han muerto sin poder despe-
dirse de sus familias.

**¿Concentrar el esfuerzo en lo sanita-
rio ha descuidado otras atenciones?**
Quizás al principio de la pandemia
nos dedicamos más a cuidar a las
personas aisladas y a cortar la cade-
na de contagio. Pero una vez que eso
estuvo un poco estabilizado, las acti-
vidades no han cesado. Tenemos te-
rapéuticas, fisioterapéuticas, animado-
res socioculturales, trabajadores so-
ciales y psicólogos trabajando. De
manera distinta, porque en vez de
bajar a una sala de terapia ha tenido
que hacerse en los pasillos, de ma-

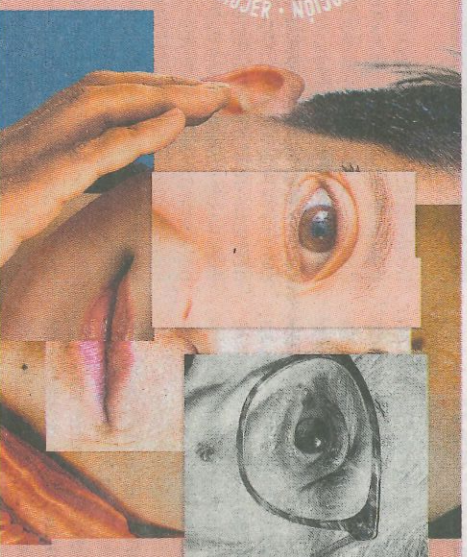
nera que esto parecía como el pue-
blo, con todos sentados en la puerta
de la habitación con la terapeuta en
el pasillo jugando al bingo con ellos.
No podíamos paralizar la vida, por-
que la persona mayor se abandona.

**¿Hay suficientes plazas de residen-
cias para atender la demanda?**
A pesar de que tengamos plazas por
cubrir, hay mucha gente en lista de
espera. El año pasado había unas
1.700 personas esperando una plaza
residencial. Si no hicieran falta pla-
zas no se estarían construyendo si-
te u once residencias de las que se
habla. Probablemente hagan falta,
pero lo que no tendremos es perso-
nal para trabajar en ellas. Vamos a
entrar en una guerra de robarnos
gente para trabajar. Tampoco pode-
mos volvernos locos y que salgan re-
sidencias por todas partes, y menos
que se convirtieran en un negocio.

**Hay plazas por cubrir y a la vez lista
de espera. ¿El problema es el precio?**
Ahora el factor determinante es el
miedo. La gente aguanta el mayor
tiempo posible en casa, y no quiere
venir a una residencia cuando esta-
mos cerrados, sin que las familias les
puedan visitar. Tampoco hace nin-
gún favor algunas cosas que se dicen
sobre las residencias, que son excep-
ciones. En las residencias se cuida
bien. Llevar a una persona a una re-
sidencia es muchas veces un acto de
amor, porque en casa no se le puede
dar ese cuidado. Dejemos de verlas
como lugares de abandono, porque
son centros llenos de vida.

**Desde Lares se quejan de que el pre-
cio que la administración paga por
plaza concertada es insuficiente.**
La Administración concerta plazas
con centros privados porque es mu-
cho más barato que hacer una resi-
dencia pública. Pero hay que revisar
el coste, porque el precio por plaza
no cubre las necesidades de las per-
sonas mayores.

La violencia de género tiene muchas caras



Ayúdanos a desenmascarar
la violencia y la discriminación
causada por la desigualdad
de género.

Más información:
www.larioja.org/violenciadegennero

